

I

Norberto Egido era un dominó que cae, una bola de nieve que rueda por la ladera de una montaña, un vaso que gota a gota se llena y que, periódicamente, fatalmente, devastadoramente, termina por desbordarse. Cuando aquello sucedía, en Norberto se desencadenaban irrefrenables ataques de ira, prologados siempre por la hinchazón de una vena en su sien derecha y por la aparición de una especie de neblina en sus ojos que le distorsionaba el mundo que se movía al otro lado. Tanto es así que, en una ocasión, Norberto Egido, atrapado por un impulso de violencia sobrehumana, fue capaz de desbaratar con sus propias manos un aparador de roble del siglo XIX, y en otra llegó a matar a un hombre de un martillazo tras una acalorada disputa de la que más tarde se reconoció incapaz de recordar el origen.

Entre cada arrebato de furia, no obstante, vivía Norberto Egido largos períodos de paz en los que se comportaba con la paciencia exquisita y abnegada del padre que aguarda el regreso de un hijo que jamás llega. En esos momentos de latencia Norberto se limitaba a deambular de la mañana a la noche por los alrededores del teatro Arriaga. Los espectadores habituales que a diario lo veían desempeñar su recorrido desconocían su nombre. Para ellos Norberto Egido no era más que un extraño que pasea, una voluta de humo en un andén, un figurante que podría desaparecer de un plumazo sin producir el más mínimo sobresalto en sus vidas. Nadie supo nunca su procedencia, nadie investigó su edad, nadie se interesó por sus anhelos. Nadie pudo por tanto imaginar siquiera que en sus caminatas tenía Norberto un objetivo tan claro como extravagante: reencontrarse

con Miguel de Unamuno, con quien en una sola oportunidad, de la que ya habían pasado más de cuarenta años, compartió un roce de hombros en aquella misma calle.

Desde entonces Norberto había rememorado una y otra vez el instante preciso en el que su mirada se cruzó con los ojos azules y filosos del escritor, unos ojos que más que mirarlo lo inventaron, borrando de golpe el antes y el después y estableciendo ese segundo como el momento a partir del cual sintió Norberto que estaba a punto de empezar a vivir realmente. Pero aquel breve destello pasó, y Norberto Egido se quedó esperando como un apunte en un cuadernillo que no se concreta.

Había recreado tantas veces la charla que mantendría con don Miguel en su segundo tropiezo que ya le resultaba imposible pensar que dicha conversación no llegara a producirse. Por eso, cuando al pasar al lado de la tertulia de un café escuchó de refilón la noticia del incidente de Unamuno con Millán Astray, supo que ya no podía esperar más, que hasta el hombre más paciente tiene un límite, que si quería hablar con el autor de *“San Manuel Bueno, mártir”* tendría que ser él mismo quien lo visitara, y que, dadas las circunstancias, debería darse mucha prisa en hacerlo.

Atravesar la España incivil del treinta y seis no resultaba una tarea sencilla. Tardó Norberto más de dos meses en llegar desde Bilbao a Salamanca y por el camino hubo de hacer frente a un par de atracos, a una revuelta en la que fue confundido con un sacerdote de paisano, y a un desafortunado episodio con un soldado desertor que le apuntó con su Bergmann de nueve milímetros entre ceja y ceja.

Cuando por fin llegó al domicilio de Unamuno, Norberto se encontró ante un escenario inesperado. Las dos persianas bajadas del piso superior y la puerta abierta en la entrada se le asemejaban a Norberto al rostro de un hombre que bosteza. Más allá del recibidor de la casa se perdía una multitud de decenas de personas, en una fila que se extendía por toda la calle de los Bordadores. Norberto se acercó a una mujer.

-¿Qué sucede? – preguntó.

-¿No lo sabe? Don Miguel ha muerto.

Algo se rompió en el interior de Norberto al escuchar las palabras de la mujer. Su gesto se descompuso. En su frente comenzó a palpitar una orquesta de tambores. Sus manos se crisparon. Su garganta se replegó en un grito desgarrador de animal herido. Norberto dio entonces tres, cuatro, cinco, seis pasos, apoyó su espalda contra el muro de piedra del convento de las Úrsulas y se dejó caer pesadamente, como un imperio antiguo que se resistiera a desaparecer.

Unas horas más tarde Norberto Egido aún seguía en la misma postura. Ya no quedaba nadie en la calle cuando un joven de camisa azul salió de la casa de Unamuno, cerró la puerta con llave y se le acercó.

-No puede estar aquí. Ya no se reciben más visitas – le dijo sin obtener reacción alguna por parte de Norberto -. Oiga, tiene que marcharse.

-No lo entiende.

-¿Se encuentra bien?

-¿Usted me ve? – dijo Norberto con los ojos encendidos en sangre - ¿Me ve? No, usted no me ve. Cree que me ve pero en realidad no existo. Soy una ficción.

-¿Qué?

-Yo debería haber sido el protagonista de una novela que Unamuno no llegó a escribir – gimoteó Norberto incorporándose lentamente -. Estuvo tentado de hacerlo hace muchos años, ¿sabe? Pero ahora él ha muerto y yo no sé a dónde ir.

El joven de la camisa azul miró a Norberto con la expresión de quien observa una montaña inabarcable.

-¿Qué? ¿Cree que miento? ¿Que estoy loco? –. Norberto Egido escupió entre dientes, y a continuación sacó del bolsillo de su chaqueta el revólver que le había arrebatado al soldado prófugo y se lo ofreció -. Dispáreme. Vamos, hágalo. Las balas me atravesarán como si fuera de agua.

-Señor, no debería ir ofreciendo pistolas por ahí – dijo el joven retrocediendo hacia un callejón -. La muerte está muy barata en estos días. Váyase a su casa. Descanse. Celebre con su familia el año nuevo. Mañana lo verá todo mejor.

-No tengo casa. No tengo mañana – respondió Norberto -. Sin alguien que escriba mi vida yo no soy nada.

-En ese caso – dijo el joven a gritos, perdiéndose ya en las sombras -, búsquese otro escritor. Los hay a patadas.

II

-¿Qué? ¿Ya está?

Ruth me mira con ojos de chiquilla somnolienta.

-¿No te gusta?

-Me ha dejado un poco fría, la verdad. Esperaba algo... distinto

-Entonces, no te gusta.

-No, no es eso. No sé. Quizá no lo he entendido bien, pero tengo la sensación de que no funciona del todo. Por ejemplo, Norberto dentro de la historia, ¿es un hombre real que cree ser un personaje o es un personaje que quiere convertirse en una persona real?

-Lo dejo a tu elección.

-Y no comprendo por qué has decidido que Norberto sea pacífico unas veces y violento otras.

-Es una manera de darle volumen al personaje. Como la gente real. Todos tenemos una fachada y sólo en situaciones de tensión mostramos nuestra verdadera forma de ser, ¿no?

-Además el final es raro.

-¿Raro?

-Raro. Precipitado. Esa visita a Unamuno...

-Ya sabes, como en "*Niebla*".

-Como tú veas, pero yo creo que deberías reescribirlo -. La miro fijamente. Intento no mostrar mi decepción, pero no lo hago demasiado bien -. Venga Raúl, no me pongas esa cara. Siempre que me das a leer algún relato tuyo es porque en el fondo no te convence. Me pongo en pie. Camino hasta la ventana. En la calle un camión ha provocado un atasco. Una sinfonía de cláxones y tubos de escape comienza a adueñarse del ambiente. Ruth se me acerca por detrás y me envuelve en un abrazo breve, como de madriguera o de regreso al hogar. Noto su calor y los latidos de su corazón contra mi espalda. Huele a una suave mezcla de ambientador de pino y magdalenas recién hechas.

-No te lo tomes muy a pecho. Estás empezando.

Me besa en la nuca y me suelta rápidamente, con un doloroso entusiasmo que por un momento hace que me sienta prescindible. Coge su bolso, su abrigo, su iPhone.

-Tengo que marcharme – dice - ¿Nos vemos mañana?

El camión sigue atravesado en mitad de la calzada.

-No sé. Te llamo yo.

He debido de tardar varios segundos más de lo aconsejable en responder, porque, cuando me giro, Ruth me mira desde la puerta con el ceño fruncido y los labios apretados en una versión cóncava de un beso.

-De verdad, qué idiota te pones cuando se trata de tus cuentos. No pienso volver a decirte nada – remata clavándome las uñas en la distancia. Después da media vuelta y se marcha sin llegar a dar un portazo.

Por la tarde releo el relato. Un par de veces. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. En cada nueva lectura me gusta menos que en la anterior. Puede que Ruth tenga razón, he de admitir finalmente. Quizá deba empezar la historia desde el principio. O eliminarla por completo. Sí, ha sido una idea estúpida. Selecciono todo el texto, y ya estoy a punto de pulsar el botón de suprimir cuando suena el timbre de la puerta.

-¿Qué se te ha olvidado ahora? – grito, pensando que Ruth regresa en busca de una reconciliación temprana.

Entonces abro la puerta. Abro la puerta y me quedo sin aire. Como si entrara de golpe en una laguna helada, siento un latigazo eléctrico recorriéndome por dentro, desde la punta de mis pies hasta la coronilla. No, no es Ruth. En su lugar, frente a mi está un hombre cuyo rostro me resulta terriblemente familiar.

-¡Norberto!

Avanza hacia mi, reafirmando en cada paso su presencia. Ya ha traspasado el recibidor cuando pregunta:

-¿Es que no vas a invitarme a entrar?

Balbuceo algo similar a un asentimiento y con un gesto de la mano le hago pasar hasta el salón. Norberto Egido se adentra en la habitación sin pasear siquiera una mirada turística de cortesía por los rincones. Se tumba en el sofá y suspira largamente.

-No lo hagas – dice al fin.

-¿Qué?

-No me borres.

-¿Cómo sabes...?

-Vamos hombre, ¿de verdad necesitas que te responda? Tú me imaginaste. Estoy dentro de ti. Pienso lo que tú piensas. Sé lo que tú sabes.

Me fijo en su rostro. Tiene el color del papel de un periódico atrasado. Da la impresión de que hubiera estado escondido en un cajón durante siglos. Reconozco en su gesto la mirada del depredador agonizante que en cualquier momento puede confundir una caricia con una amenaza. Un exterior pacífico, un fondo de volcán.

-Estoy muy cansado – susurra -. Llevo esperando mucho tiempo. Necesito que publiques ese cuento.

Se abre la chaqueta. En su cintura brilla la culata de una Bergmann de nueve milímetros.

-Y tú no estás convencido de poder hacerlo – gruñe -. ¿Por qué?

-Ya lo sabes.

-Quiero que lo digas.

-No estoy seguro de que el relato tenga la calidad suficiente.

-Ya.

-Además, bueno, hay otra cosa.

-¿Qué?

En la calle algunos conductores gritan. Supongo que el camión no se ha movido de su sitio. Noto mis pulmones llenos de un engrudo espeso de sabor parecido a la sangre.

-He de ser te sincero – digo -. He estado pensando en ti, y la verdad es que no me convences demasiado como personaje.

-Y tu editor, ¿qué opina?

-No tengo editor.

-No comprendo.

-En realidad estaba escribiendo el relato para un concurso.

-Así que no eres más que un escritor aficionado.

-Sí, supongo que sí.

Al escuchar mis palabras Norberto calla de pronto. Mira al vacío durante unos minutos. Después carraspea un par de veces y se levanta. Se frota los ojos como si los tuviera llenos de arenilla. Se acerca hasta rozar su nariz con la mía y me toma por los hombros como si quisiera partirme en dos. Hiede a moho. Yo estoy paralizado.

-Creo que he encontrado la solución – exclama, mostrándome una sonrisa profundamente oscura.

-¿Ah s...sí?

-Sí.

Me lleva a rastras hasta mi escritorio. Me deja caer sobre la silla. Tengo la certeza de que en cualquier instante una pistola me va a acariciar la sien, pero en lugar de una bala, es una orden de Norberto la que me taladra.

-Escribe – dice.

III

Habrá una voz a tu lado que susurrar :

- Por qué no te vienes a la cama?

T , como siempre, forzar  una sonrisa hastiada, y a modo de única explicación extenderá el dedo índice de tu mano derecha hacia la montaa de folios que te esperan sobre la mesa. Después de unos segundos de silencio querrás añadir una queja o una disculpa, pero para entonces la voz ya se habrá alejado hacia el dormitorio y t  estará solo, y te prometer  otra vez, como todos los años, que nunca, nunca, nunca aceptará de nuevo ser jurado en un certamen literario.

Tras cuatro tazas de café y un par de programas de teletienda, decidir s, por fin, que ha llegado la hora de iniciar la lectura. Te han dado tres semanas de plazo y serán cientos los originales que aguarden tu veredicto. Sabrás en ese instante que, como en las ediciones anteriores, la mayoría de ellos no serán más que pastiches emocionales, experiencias íntimas vomitadas sin tamiz sobre el papel, y carentes de la sintaxis y de cualquier estructura mínimamente narrativa que los hagan merecedores de ganarse el nombre de relato. Te preguntarás si volver  a operar la extraa ley de vasos comunicantes por la que en la última década han menguado las historias basadas en la Guerra Civil en la misma proporción en la que han aumentado las relacionadas con la crisis, la inmigración y la violencia de género. Y te llevarás las manos a la cabeza cuando compruebes que todavía hay algunos autores que se atreven a concursar con manuscritos.

Un suspiro, un giro de cuello, unas gafas que cuelgan sobre la punta de la nariz. Tomar s uno de los últimos originales que te han llegado. Por experiencia sabes que de

los muchos escritores que apuran el envío hasta el final del plazo, hay algunos que lo hacen por ser especialmente meticulosos, y entre estos sueles tener más posibilidades de hallar algún relato interesante. Con el estómago hecho un nudo leerás el título escogido:

“*Neblina*”, y lanzarás una súplica al espíritu de Cortázar:

-¡Que al menos no tenga demasiadas faltas de ortografía!

Con las primeras líneas, pensarás enseguida que el autor es un estudiante de filología poco versado. Al llegar a la segunda parte reafirmarás tus sospechas cuando compruebes que el texto no es más que un juego metaliterario, otra de las múltiples subcategorías habituales entre los aspirantes a los premios de relato provinciales. Pero al llegar al tercer capítulo, tus manos temblarán ligeramente, sentirás una punzada en la nuca y una gota de sudor recorrerá sin prisa el contorno de tu mejilla. Y es que, aunque al principio te costará aceptarlo, en esta línea habrás reconocido, por el parche con forma de media luna de su reposabrazos, el sillón verde sobre el que estarás sentado, y verás frente a ti estas mismas baldas combadas, llenas de libros que llevan tus huellas, y te girarás para comprobar que también una reproducción de Klimt preside tu despacho. Y comprenderás de pronto. Y antes incluso de que suceda, sabrás que Norberto Egido va a llamar a tu puerta.